

Guerra corporativa x 20

Silvia Ribeiro

20

No había transgénicos plantados comercialmente en ningún país. Monsanto no estaba entre las mayores semilleras. No existía la Organización Mundial de Comercio, ningún país del mundo estaba obligado a establecer leyes de propiedad intelectual sobre seres vivos, ningún país latinoamericano era miembro de la Unión Internacional de Protección de Nuevas Variedades Vegetales (UPOV) ni había en todo el continente “leyes Monsanto”, ni de “bioseguridad”.

Todo esto ocurría apenas en septiembre de 1994, cuando publicamos el primer número de la revista *Biodiversidad*, por la necesidad de compartir información, experiencias, ideas, de cuidar y afirmar la diversidad de la semillas y la trama que las sostiene y alimenta: la vida campesina y las comunidades locales.

En 1991, Larry Summers, entonces economista en jefe del Banco Mundial, había anunciado la guerra proponiendo “incentivar la migración de las industrias sucias a los países subdesarrollados”, argumentando que la muerte por toxicidad en esos países era más barata, que esos países estaban subcontaminados y que de todos modos la gente moría antes de llegar a edad suficiente para morir de cáncer por contaminación.

Las propuestas de Summers causaron escándalo, pero no dejaron de aplicarse masivamente. La contaminación de las industrias transnacionales avanzó de la mano de los programas de ajuste estructural que las apoyaron y les dieron impunidad, “liberalizando” el comercio y forzando la apertura desleal de los mercados nacionales. En 1995, Renato Ruggiero, director general de la recién constituida OMC, declaró: “estamos escribiendo la Constitución del mundo”. La OMC integró toda la agricultura a las reglas de comercio, como una mercancía más para la ganancia, que no debía estar sujeta a trivialidades como satisfacer las necesidades de cada país, ser base de la soberanía y las culturas. Estableció un capítulo sobre propiedad intelectual (ADPIC), redactado por la industria farmacéutica —por entonces fusionada con los agronegocios— que obligó a todos los países a adoptar legislaciones que defendieran en todo el mundo los registros, marcas y patentes de las compañías, incluyendo sobre seres vivos.

De 1990 al 2000, la concentración corporativa se acentuó vertiginosamente, y aumentó más de 750%.

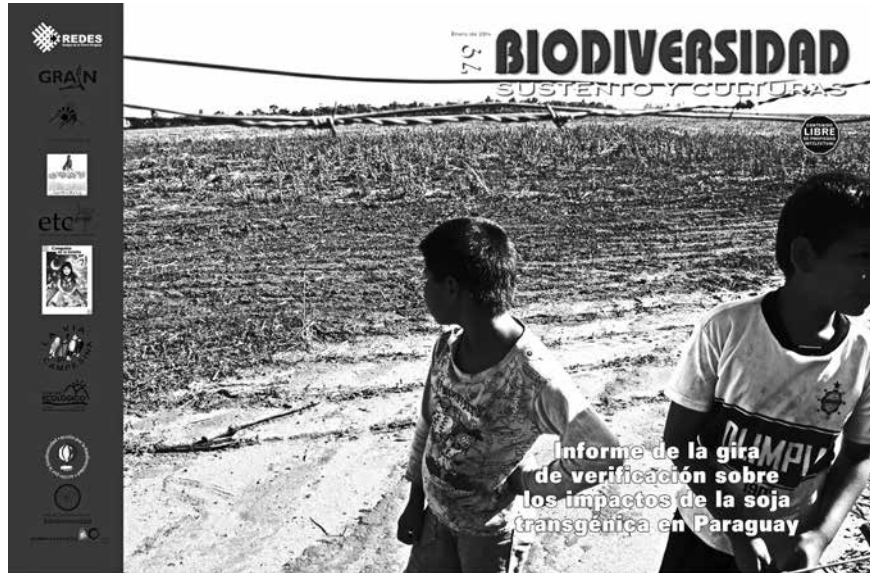
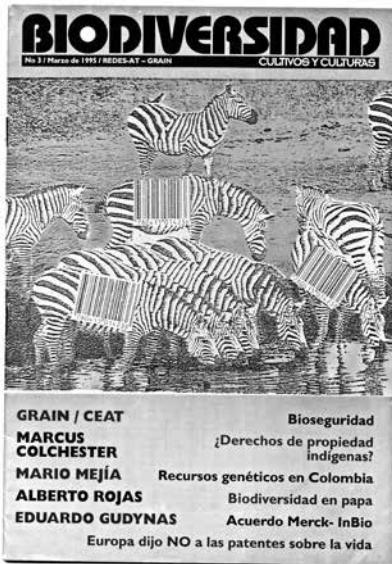
El valor total de las fusiones y adquisiciones del planeta, pasó de 462 mil millones de dólares en 1990 a 3 billones 500 mil millones en el año 2000, equivalente a 12% del producto bruto global. Esta escalada siguió en curva ascendente, pero más lenta, hasta 2007, cuando estalló una tremenda crisis financiera del capitalismo. El valor de las fusiones cayó 43% globalmente y no volvió al pico anterior: en 2013 el valor global de fusiones y adquisiciones fue 2 billones 600 mil millones de dólares. La presencia de las mega corporaciones en todos los sectores claves de la economía no se revirtió: las empresas pasaron a ser cada vez menos pero más grandes, sobre todo en agricultura y alimentación. Con el hambre y la crisis por los precios de los alimentos, esas empresas aumentaron sus porcentajes de ganancias.

En 2002 por primera vez un supermercado, Walmart, se convirtió en la mayor empresa del planeta. Se mantuvo entre el primero y el tercer puesto global en lo que va del siglo, siendo además el mayor empleador privado del planeta, hecho que causó un retroceso brutal en derechos laborales y bajó el promedio de salarios cerca de 30%. En 2009, el mercado agroalimentario se convirtió en el mayor del mundo, sobrepasando al de energéticos.

Hace 20 años, las diez mayores compañías de semillas tenían 30% del mercado comercial global y Monsanto no estaba en la lista. Actualmente Monsanto sola, tiene cerca de ese porcentaje del mercado global de semillas. Con DuPont y Syngenta, que tampoco estaban en la lista, controlan hoy el 53% del mercado mundial de semillas comerciales. Las diez mayores, el 75.3%.

Sí estaban ya entre los 10 principales fabricantes de agrotóxicos que en 1994 controlaban el 81% del mercado mundial. Hoy, los primeros diez concentran el 95% del mercado mundial.

Para dominar el mercado semillero, llave de todas las redes alimentarias, Monsanto compró entre otras, las semilleras Dekalb, Agrocere, Asgrow, Seminis, Cristiani Burkard y la división semillas de Cargill Norteamérica. DuPont compró Pioneer-HiBred; Novartis y AstraZeneca se fusionaron formando Syngenta. En 1998, una subsidiaria de Monsanto patentó, con el Departamento de Agricultura de Estados Unidos, la tecnología “Terminator” para



hacer semillas suicidas y que los agricultores nunca más pudieran volver a guardar su propia semilla. La resistencia mundial logró que Naciones Unidas estableciera una moratoria contra esta inmoral tecnología desde el año 2000.

Este asalto al sector semillero por parte de los fabricantes de venenos, explica que más de 85% de los cultivos transgénicos se manipularan para tolerar agrotóxicos, el mercado que les da más ganancias. La totalidad de las semillas transgénicas sembradas comercialmente en el mundo es controlada por 6 empresas, todas originalmente fabricantes de tóxicos: Monsanto, DuPont, Syngenta, Dow, Bayer, Basf.

En 1996, comenzó Estados Unidos a sembrar estas semillas adictas al veneno, seguido por Argentina en 1998. Las empresas contaminaron intencionalmente el sur de Brasil, con semillas de contrabando, estrategia que se repitió en Bolivia, Paraguay, Uruguay y otros países. Organizaciones campesinas, ambientalistas y de consumidores resistieron por años la invasión transgénica en Brasil, pero Monsanto consiguió que el gobierno de Lula legalizara la contaminación. Hoy 80% de los transgénicos en el mundo se siembran entre Estados Unidos y esos cinco países de la región.

En el mismo periodo, por presión de las empresas y para cumplir con la OMC, 12 países de América Latina y el Caribe se afiliaron a UPOV, en su acta 1978, y recientemente, tres países al acta UPOV 1991, aún más restrictiva.

Hace 30 años, sólo un 5% de las semillas estaba registrado. Las semillas en el mercado procedían de investigación pública o pequeñas empresas semilleras, y ninguna de ellas tenía ni el uno% del mercado global. En 1994, la proporción global de investiga-

ción agrícola pública se estimaba en 60% y la privada en 40%. Hoy la privada tiene un mínimo de 60%. Cerca del 90 % por ciento de las semillas comerciales está restringido bajo propiedad intelectual.

Aunque el impacto de la guerra corporativa se manifiesta en muchos niveles, la apropiación del sistema alimentario es particularmente grave. Pese al sombrío panorama, esto sólo aplica al sistema alimentario agroindustrial, que aunque es el que usa y abusa de la gran mayoría de la tierra, agua y energía, sólo alimenta al 30 por ciento de la población mundial. La vasta mayoría de las semillas están fuera del circuito industrial, en manos de las y los campesinos. Más del 70% de la población del planeta se alimenta por lo que producen “los pequeños”: campesinas y campesinos, indígenas, pescadores artesanales, huertas urbanas, recolectores. En condiciones duras, caminando entre la resistencia y la creación, pero al mismo tiempo, afirmando la comunidad, la solidaridad, la diversidad. Es verdad que los transgénicos han producido una avalancha tóxica y contaminante, pero sin embargo, tras dos décadas el 98% de su siembra sólo está en 10 países en el mundo: 169 países no los permiten. Y quizá lo más importante: a diferencia de la Revolución Verde, que muchos creían que era un “progreso”, con los transgénicos nunca lograron tal falacia. La vasta mayoría los rechaza y ni siquiera los gobiernos que han sido comprados o convencidos creen que son buenos.

La revista *Biodiversidad* ha sido una más de las muchas semillitas que contra viento y huracanes, seguimos resistiendo esa colonización de la mente. 🌱

Silvia Ribeiro es investigadora del Grupo ETC. Es cofundadora y primera editora de *Biodiversidad, sustento y culturas*.